

**Discurso del DR. Jaime A. Viñas Román,
Rector de la Universidad Nacional Pedro
Henríquez Ureña, de Santo Domingo,
República Dominicana, en el acto de
inauguración de un busto de Don Pedro
Henríquez Ureña donado por dicha
Universidad a la casa de Bello, de Caracas,
Venezuela.**

Con ocasión del acto de develización de la estatua en bronce del insigne humanista y maestro caraqueño Don Andrés Bello, obsequio del Gobierno de Venezuela al pueblo dominicano, el Doctor Don Oscar Sambrano Urdaneta, Director de esta ilustre Casa y presidente de la delegación venezolana que se trasladó a Santo Domingo para tan significativo acontecimiento, pronunció un discurso de tanta enjundia como belleza, en el cual señaló como una feliz coincidencia que la plazoleta escogida para la erección de la estatua del sabio humanista, colindara por uno de sus lados con la avenida que lleva el nombre de nuestro Pedro Henríquez Ureña.

En su discurso, el Doctor Sambrano Urdaneta apuntaba que no era amigo de paralelos; aunque sí encontraba acorde con la ceremonia "destacar algunas de las

afinidades que hermanaron la vida del dominicano y del venezolano". Yo tampoco soy amigo de equiparar hombres relevantes para trata de emparejarlos: son sus obras y las huellas de sus vidas, el testimonio que recoge la Historia para mostrar sus justas dimensiones en el ámbito temporal en que les ha tocado actuar y dejarlos instalados en el sitio que les corresponde. Sin embargo, son tan resaltantes las afinidades que, como decía el Dr. Sambrano, hermanaron la vida de ambos, que, a pesar del tiempo que los separa, uno no puede sustraerse a buscar muchas similitudes en el pensamiento y la acción de estos dos modelos de humanistas, en el más completo sentido del término.

En efecto, casi un siglo va de la muerte de Bello al nacimiento de Henríquez Ureña; y mientras aquél, con la primera de sus *Silvas Americanas* -escrita en 1823 antes

de haberse ganado definitivamente la independencia política de nuestra América hispana- lanza el primer grito de la independencia espiritual, invitando al nuevo hombre emancipado del colonialismo a liberarse intelectualmente de la Europa decadente de la época, y buscar en este lado del Atlántico la genuina expresión del gran solar americano, éste -un siglo después, en 1925- en su "Utopía de América, prolonga ese grito de liberación y lo hace signo admonitorio al pregonar que "nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituída en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple la emancipación del brazo y de la inteligencia."

Otro testimonio de la similitud de huella impresa por estos dos grandes maestros, separados por el tiempo y hermanados por la Historia, es el que ofrece la presencia de Bello en la vida chilena que discurre al mediar el siglo XIX, fundando y dirigiendo la Universidad de Chile y redactando el Código Civil que serviría de modelo a otros países del área: dos expresiones señeras de las muchas que marcaron el crecimiento cultural de ese hermano país, bajo sus sabias directrices y su docta voz magisterial. Igual testimonio ofrece la presencia de Don Pedro en el México de principios del presente siglo veinte, adonde llega "escaso de años y cargado de ilusiones" a "amueblarle el cerebro" —según

expresión de Don Alfonso Reyes- a una pléyade de jóvenes que, desde el famoso Ateneo de la Juventud, constituyó el punto de arranque del gran movimiento intelectual que floreció allí bajo el influjo de las corrientes modernistas.

De igual suerte la Historia los junta, omitiendo el tiempo, en los afanosos empeños de ambos por escarbar en el limo primigenio del habla de Castilla, para encontrar el esplendor de nuestra lengua, procurando mantenerla limpia de las impurezas que, por fuerza, tendrían que infisionarla el tiempo y su traslado a esta orilla americana: la "Gramática Castellana" publicada por Don Andrés Bello en 1847 es, sin ningún género de dudas, el mayor esfuerzo desde la obra de Don Antonio de Nebrija, escrita en las albas del Siglo de Oro español, por establecer la nomenclatura y los cánones gramaticales del idioma que se había desprendido del gran árbol latino. Henríquez Ureña, por su parte, apasionado seguidor de la obra filológica y del purismo de Bello, deja testimonio de esa pasión no sólo en sus innúmeros ensayos y apuntes sobre el habla en América, y una "Gramática Castellana" escrita y publicada en 1939, en colaboración con Don Amado Alonso, sino que, manifiesta su gran preocupación por el genuino valor de las palabras como base de toda la estructura del idioma, al recomendar que "a la lengua hay que trabajarla hondamente, esforzándonos en hacerla pura; bajando hasta la raíz

de las cosas que queremos decir, afirmar, definir, con ansias de perfección.”

¡Qué bien cabe ahora la observación del Doctor Sambrano, cuando en su aludido discurso en Santo Domingo nos decía que “de haber sido contemporáneos, Bello y Henríquez Ureña habrían sido amigos verdaderos y perdurables, bien sea porque el rumbo de sus vidas itinerantes los hubiese hecho coincidir bajo el mismo cielo de una ciudad americana, bien sea porque de no haberse producido un acercamiento físico, se habría dado entre ambos una viva y sin duda interesantísima correspondencia.”

Fueron precisamente esa observación y la feliz circunstancia de que la estatua de Bello se erigiera en la Capital dominicana junto a la avenida que ostenta el nombre de Don Pedro, lo que nos impulsó a ofrecer, a nombre de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, el obsequio de este busto del humanista dominicano, obra del destacado escultor dominicano Don Antonio Prats Ventós, a este venerando recinto del ilustre sabio caraqueño, para que, de esta suerte, no sólo estén juntos en la patria del uno, sino también en la Casa del otro.

Señoras y Señores:

La gentil acogida que el Consejo General de la Casa de Andrés Bello otorgó a nuestro ofrecimiento de donar este busto del Maestro que honra con su nombre a la Universidad cuya rectoría ostento, sobre ser un signo

de reconocimiento a los méritos del más alto representante de la cultura dominicana, constituye un aliento en la empeñosa labor que desde su creación se impuso nuestra Universidad, de mostrar a los dominicanos de hoy y del futuro, la profundidad y extensión que marcan las dimensiones de la obra magistral y humanística de Don Pedro. Hacia esos fines apuntan la publicación de sus “Obras Completas” (magnífica y paciente labor de rastreo y cotejo del pensamiento del Maestro que se hallaba disperso en periódicos, revistas y boletines, realizada por Don Juan Jacobo de Lara) así como del “Epistolario” en que se recoge la copiosa correspondencia entre Don Pedro y Don Alfonso Reyes; y del “Libro Jubilar”, selección y ensayos sobre la vida y obra, escritos por quienes conocieron y trataron al maestro o fueron sus discípulos; y sobre todo, las exitosas celebraciones del año centenario de su nacimiento que encabezó la Universidad durante el finalizado año de 1984, y que constituyó un verdadero homenaje continental a su memoria.

La gentil acogida que esta augusta Casa brinda a la efigie en bronce de Don Pedro, constituye un alto reconocimiento a su valía que mueve por igual el agradecimiento eterno de la Universidad que lleva su esclarecido nombre y el de todos los dominicanos.

MUCHAS GRACIAS.